
Stiplock

El Monstruo Mascota

Keli
Ediciones 

CAPÍTULO 1



Alex Galecki Paterson

Hoy es el último día de clases en la primaria Jackson Everest, en un pueblo donde no pasa nada interesante. Yo estoy cursando el sexto grado, soy muy buen estudiante, tengo un promedio de 9.8, soy el mejor de toda mi clase.

Lamentablemente tengo dos defectos, o por lo menos yo creo que tengo dos defectos: uno en la escuela y otro en mi mente. En la escuela, mejor dicho en mi clase, soy el peor deportista, no corro rápido, me dan miedo los balones en movimiento, no sé lanzar y otras cosas las cuales yo no puedo hacer. En mi mente el problema es más grande, tengo mucha imaginación. Siempre estoy pensando en grandes aventuras en las cuales yo siempre soy el héroe salvando personas, destruyendo el enemigo, etc. Este exceso de imaginación es el que me ha dado problemas con mis compañeros de clase, mis amigos de mi barrio y de vez en cuando con mis padres. Siempre que me siento solo, me recuesto en mi habitación a imaginar cosas.

Solamente me quedan dos amigos: Katherine Donovan y Steve Rowe. Ellos viven en mi barrio, por lo cual siempre a la salida de la escuela nos vamos juntos.

La última clase es de la Sra. Weder, la cual nos enseña francés. Es la clase que más me gusta, porque cuando sea mayor me gustaría ir a

El Monstruo Mascota

vivir a España o a Francia, y necesito hablar francés para ir a Francia, porque el castellano lo hablo de maravilla.

Mi madre es española, cuando era joven viajó a los Estados Unidos para estudiar, tenía una beca para la universidad de Harvard. Durante su estancia conoció a mi padre, se hicieron novios, cinco años después se casaron y otros veinte años después me concedieron a mí. Tengo tres hermanos mayores, uno de veinte años, él ya está casado y vive en la ciudad de México. Otro de dieciséis años pero está en una escuela militar en Washington D.C. y mi otro hermano tiene trece años, él sí vive con nosotros, pero es un completo desastre: rompe y esconde las cosas más preciadas de mi madre y mi padre. A mí me trata como un sirviente, y si no hago lo que me pide, me golpea hasta que empiezo a llorar, pero de vez en cuando continúa aunque esté llorando.

A la una con veinte minutos la campana suena, anunciando la salida del curso, las vacaciones de verano. Todos gritan y corren hacia la salida como si una bomba fuera a estallar dentro de la escuela.

—Recuerden decirles a sus padres que para el siguiente viernes tiene que venir por la boleta de calificaciones —gritó la Sra. Weder—. A los que crean que se les pueden olvidar informarles a sus padres vengán por un citatorio.

Algunos niños fueron por el citatorio. Yo no tenía que hacerlo, estoy seguro que mi madre me preguntará: “*¿Cuándo tengo que ir a recoger tus calificaciones?*”. La conozco muy bien.

—¿Estás listo para los campamentos? —preguntó Katherine caminando a un lado de mí cuando por fin pudo salir del salón de clases.

—La verdad no creo que este año vaya. Este año mandaron a mi hermano, por lo tanto no creo que a mí también me quieran mandar.

—Es una lástima, este año habrá concursos de canotaje, de nudos y de dibujo —mencionó Steve, que ya nos había alcanzado unos segundos después de salir del salón—. Tú eres muy imaginativo, ganarías sin problemas el concurso de dibujo.

—Recuerda que soy imaginativo, no dibujante —le recordé.

—Te he visto dibujar, eres muy bueno —dijo Katherine para darme ánimos.

—Hay cientos de personas que dibujan mejor que yo —respondí—, y muchos estarán en el campamento.

—Podrías quedar en segundo lugar —dijo Steve.

—Solo si mi sueño se hace realidad —mencioné.

—¿Cuál? ¿Matar a todos los que sean mejor que tú, o hacer un ritual para que el alma de algún pintor famoso entre a tu cuerpo? —preguntó Katherine de broma.

—La segunda opción no suena nada mal —dije como si lo estuviera considerando—, pero yo me refería a que mis padres me dejen ir al campamento este año.

—Si gustas yo voy a tu casa y hablo con tus padres —propuso Steve.

—¿Y qué les dirás?

—*“Buenas tardes señores Galecki, me he enterado de que mi queridísimo amigo Alex, no podrá ir al campamento este año. Venia solo a saber cuáles serán las razones por las que no irá”*—Steven habló muy sofisticadamente, como si se estuviera dirigiendo a un rey o algo parecido.

—¿Por qué hablas así?

—Porque tu familia es rica, se *pudren* de dinero —respondió resaltando «*pudren*».

—No soy rico.

—¿Te decimos todo lo que posees? —preguntó Katherine.

—Dímelo.

El Monstruo Mascota

—Tu casa es la más grande de todo el barrio.

—Tienes tres camionetas último modelo —agregó Steve.

—Tus padres se graduaron con mención honorífica de la mejor universidad del mundo —dijo Katherine.

—¿Continuamos? —preguntó Steve.

—No —respondí—. La casa era la única que había cuando nos mudamos, por eso la compramos —les expliqué—. La empresa en la que trabajan mis padres les prestan las camionetas para que se trasladen. Y estudiaron en Harvard porque se ganaron una beca.

—Solo tu madre —dijo Katherine.

—Sí, pero el director era el padre de mi padre en los años en que estudiaron.

—Aparte, la empresa solo le presta un auto a tu padre y otro a tu madre, ¿por qué tiene tres autos? —preguntó Steve.

—El otro lo... compramos —dudé al decirlo.

—Lo ves, solamente una familia rica se compra un auto tan lujoso y no lo usa —dijo Steve.

—Si lo usamos.

—¿Cuándo? ¿En las vacaciones de tus padres? Lo digo porque en las vacaciones no les prestan los autos.

—¡Y si no los usamos a ustedes qué! —levanté la voz.

Hubo un momento de silencio entre los tres.

—Lo que queremos decir es que es injusto que tú no vayas al campamento solo porque tu hermano si lo hará —dijo Katherine seriamente.

—Hoy hablaré con mis padres, y luego les llamó para decirles lo que me respondieron —mencioné—. Solo espero que me digan que sí —me dije a mí mismo.

—Yo también lo espero —dijo Katherine.

—¡No escuches mis susurros! —me quejé.

—Pues no susurres tan fuerte.

—¡Te digo que no puedes ir, y no quiero repetírtelo! —gritó mi padre a la hora de cenar cuando le mencioné sobre el campamento.

—Pero no he faltado ningún año —respondí quejándome—. Desde que me acuerdo he ido a ese campamento durante los veranos.

—Pues este año te lo perderás —mencionó mi madre tranquilamente—. Tu hermano no ha ido a ningún campamento en toda su vida, y es más grande que tú.

—Solo por tres años —me dije a mí mismo.

—¿Qué dijiste? —gritó mi padre—, espero que no haya sido una palabrota, sabes que están prohibidas en esta casa.

—¡Dije que me gana por tres años! —le grité. Eso es muy extraño en mí.

Mis padres se quedaron sorprendidos por mi reacción. Mi madre miraba a mi padre, estaba viendo lo que pasaría, tratando de predecir su reacción para detenerlo si era necesario.

—¡Ningún hijo mío me gritara! —gritó. La cara de mi padre se estaba poniendo roja—. ¡No iras al campamento y punto! Si me vuelves a mencionar algo sobre el tema, te castigo todas las vacaciones —dijo un poco más tranquilo.

—Pero... Pero... Pero... —tartamudeé.

—Sin peros —me silenció mi padre—. Termina tu cena y sube a tu habitación, quiero que reflexiones sobre lo mucho que han cambiado tus modales.

Me quedé en silencio, mi padre y mi madre también lo hicieron. Terminé de cenar, me levanté de la mesa y recogí mi plato para llevarlo al fregadero de la cocina. Cuando regresé para dar las buenas noches, mi madre me preguntó:

—¿Cuándo tengo que ir a recoger tus calificaciones?

El Monstruo Mascota

Fue tal como lo había previsto.

—La maestra dijo que el viernes.

—¿No te dijo a qué hora?

—Todos los años es hora libre, puedes ir de las siete de la mañana hasta las ocho de la noche, ¿creí que ya lo sabías?

—Ya lo sabía, solo pensaba que este año harían una junta como en la secundaria de tu hermano.

—Pues no, no lo hacen como en la secundaria de... él —iba a decir una palabrota.

—No le hables así a tu madre—dijo mi padre.

—Yo no he... —no terminé la frase, no quería volver a discutir con mi padre. No tenía sentido, solamente aumentaría mi castigo.

Caminé rápidamente hacia las escaleras que llevan a mi habitación, subí las escaleras corriendo, corrí por el pasillo hasta mi habitación. Al llegar me recosté en la cama, me traté de tranquilizar. Cuando logre hacerlo, tomé un libro de vampiros y lo empecé a leer.

Me encantan los libros de fantasía, en especial en los cuales relatan sobre criaturas inexistentes, como lo que son los *vampiros* y los *licántropos*. Llevo leyendo ese libro durante dos semanas, y según mis cálculos lo terminaría en dos días, el domingo. Todos los días leo diez capítulos, cinco en la tarde y cinco en la noche. De vez en cuando se me olvida leer o no tengo ánimos para hacerlo. No soy tan fan de la literatura, en realidad me da mucha flojera, pero me gusta leer porque me saca del mundo en el que estoy y me introduce en otro mundo fantástico.

Cuando terminé de leer, tomé el teléfono y llamé a Katherine para decirle lo que me respondió mi padre. Marqué el número, el teléfono sonó tres veces, hasta que al otro lado de la línea alguien contestó:

—Diga —pude reconocer que era la voz del padre de Katherine.

—Buenas noches Sr. Donovan, perdone que llame tan noche, pero ¿se encuentra Katherine despierta? Me gustaría hablar con ella —dije con voz amable.

—Hola Alex, Katherine está mirando la televisión, enseguida le hablo —respondió con la misma amabilidad.

Pude escuchar como el Sr. Donovan gritaba “*Katherine te llama tu amigo, Alex, dice que quiere hablar contigo*”.

—Ya viene en camino —dijo el señor Donovan.

—Muchas gracias y muy buenas noches —respondí.

Esperé durante unos segundos.

—Hola Alex, ¿qué pasa? —preguntó Katherine al otro lado de la línea.

—Hola Katherine, tengo malas noticias sobre el campamento.

—¿No te dejaron ir? —adivinó.

—Exacto. Mis padres dicen que ya es turno de que mi hermano vaya a un campamento, porque yo ya he ido muchas veces.

—¿En serio te dijeron eso?

—Solo lo primero, lo segundo yo lo inventé porque eso es lo que yo creo.

—Tal vez tengan razón y deberías de darle una oportunidad a tu hermano. Deja que él viva lo que tu viviste durante muchos veranos.

—¿Estás de acuerdo con mi padre? —pregunté con un tono enojado pero de broma.

—No, cómo crees... Bueno solo un poquito. Pero yo también creo que es injusto.

—Está bien, oye tengo que llamar a Steve, ¿te puedo ver mañana antes de que te vayas?

—Claro, me voy a las doce de la mañana.

—Te veré como a las once, quiero estar seguro que estés despierta.

—Me despierto a las nueve.

—Ya lo sé, pero de todos modos te veré a las once, ¿está bien?

El Monstruo Mascota

—Sí, no hay problema, aquí te espero.

—Hasta mañana —me despedí.

—Hasta mañana.

Katherine colgó el teléfono. De inmediato marqué el número de la casa de Steve, también timbró tres veces.

—Mande —respondieron al otro lado de la línea, supe inmediatamente que era Steve, porque él es el único de su casa que contesta el teléfono de esa manera.

—Hola Steve, no me dejaron ir al campamento.

—Que lastima, estaba pensando en lo mucho que nos divertiríamos los tres juntos.

—Sí, lo sé. Mis padres dicen que es momento de que mi hermano viaje de campamento por primera vez en su vida.

—¿Nunca ha ido a un campamento? —preguntó en tono burlón.

—Mis padres dicen que no, pero tal vez lo dijeron para convencerme.

—¿Ya les rogaste?

—Sí.

—¿Les suplicaste?

—También.

—¿Lloraste?

—No, eso no lo hice.

—Eso fue lo que te faltó para que te dejaran ir.

—Hace mucho que no lloro por algo que quiero. Sabrían que es falso mi llanto.

—Eso fue lo que te faltó.

—¿Debí de haber llorado?

—Pues claro, ¿Por qué crees que los bebés consiguen todo lo que quieren? Porque lloran, solo por eso.

—En fin, mañana veré Katherine antes de que se vaya. También me gustaría despedirme de ti.

—Eso es gay.

—No es gay, solo quiero desearte buen viaje. Quien sabe y te accidentas y no te vuelvo a ver.

—Está bien, ¿a qué hora iras con Katherine?

—A las once de la mañana.

—Ven conmigo a las diez.

—Está bien.

—Que no se te olvide.

—No te preocupes, eso no pasará.

Cuando terminé de decir eso, la llamada se cortó.

—Diga—dije por si solo fue una pequeña perdida de señal. No hubo respuesta, yo también colgué el teléfono. Me volví a acostar en mi cama. Pensaba en lo que haría si Katherine y Steve se iban, yo me quedaría solo, no tendría a nadie con quién jugar.

En ese momento se me ocurrió una maravillosa idea: mañana, después de que mi hermano se haya ido a su campamento, y cuando papá no esté, le pediré a mi madre que me compre un perro. Estoy seguro que no se negará, no creo que le guste ver al único hijo que le queda en la casa muerto del aburrimiento. De ese modo mis vacaciones no serán tan aburridas como las visualizo en mi mente sin el cachorrito. Tal vez no haya campamento, pero habrá otra forma para divertirme.

CAPÍTULO 2



Accidente en bicicleta

Al siguiente día me tuve que levantar muy temprano. Eran las nueve de la mañana, demasiado pronto comparado con la hora a la que me levanto todos los sábados.

Tenía que hacer algo para que mi madre estuviera feliz conmigo y aceptara mi idea del perro. En lo primero que pensé fue en limpiar la cocina, porque era lo que a mi madre le gustaba tener más limpio. Pero cuando llegué a la cocina completamente decidido a limpiarla la cocina estaba impecable, Marieta, la sirvienta joven y sexy, estaba sacudiendo el polvo de las alacenas, era lo único que faltaba.

—Muy buenos días joven Alex, ¿cómo ha dormido? —preguntó Marieta, alegremente.

—Bien, pero he despertado mal.

—¿Algo le duele?

—No. Lo que pasa es que mis amigos se irán al campamento —dije mientras me sentaba en el comedor—, y durante todas las vacaciones estaré solo. Ayer por la noche se me ocurrió pedirle a mi madre que me compre un perro, pero tengo que hacer que esté feliz conmigo. Pensaba limpiar la cocina, pero veo que tú ya lo has hecho.

—Miré joven Alex, tengo dos opciones para usted. La primera: yo podría jugar con usted en mis tiempos libres.

El Monstruo Mascota

—No lo creo. Casi siempre estás ocupada, y a mí me gustan los juegos peligrosos.

—Entonces la segunda opción le gustará más: el baño aun no lo he limpiado, si me ayuda a limpiarlo yo le podría decir a su madre que usted lo limpió por completo, y tal vez le diga que la cocina también fue limpiada por usted —Marieta me guiñó el ojo. Eso significaba que se lo diría aunque no le ayudara mucho.

—¿Exactamente qué es lo que tengo que hacer?

—Solamente pasarme los detergentes y arrimarme agua.

Lo pensé durante unos segundos, eso de arrimar agua era muy pesado para mí, pero el hecho de tener una mascota con quién jugar en las vacaciones merecía un poco de esfuerzo físico.

—Está bien, te ayudaré —dije decididamente.

—Iré por mis guantes y subo al baño. ¿Puedes ir subiendo los detergentes que están en la cubeta? —dijo señalando la cubeta que estaba bajo la mesa.

—¿Subo también la cubeta?

—Si, por favor.

Miré al interior de la cubeta, tenía cloro, extracto de pino, jabón en polvo y líquido, ácido muriático, y un líquido que se le pone al agua del trapeador para que la casa huela bonito.

La tomé por la agarradera y la llevé al segundo piso, hasta donde se encontraba el baño. Bajé la cubeta a un lado de la puerta, miré hacia atrás y vi a Marieta caminado mientras se ponía sus guantes rojos.

—¿Listo?

—Creo.

—Primero saca todas las botellas y las bolsas de la cubeta —dijo mientras miraba el interior del baño—. Después llena la cubeta con el agua de la regadera.

—¿Quieres que me meta a la tina?

—Sería lo mejor.

Entré a la tina y después saqué todo lo que contenía la cubeta, antes de ponerla bajo el grifo y abrir la llave para que salga el agua. La cubeta de veinte litros se llenaba rápidamente, pero no dejé que se llenara hasta el tope.

—Pásame el jabón el polvo, por favor.

Busqué el jabón en polvo que se encontraba entre las cosas que saqué de la cubeta. Cuando lo encontré se lo di en la mano. Ella me agradeció mientras espolvoreaba el jabón en el suelo

—¿Crees que mi madre me deje tener un perro? —le pregunté a Marieta seriamente, en realidad me preocupaba el tema.

—No lo sé, Alex. Llevo trabajando con tus padres durante quince años y la única mascota que he visto fue un hámster que le regalaron a tu hermano, él que está en la milicia —Marieta me regresó el jabón—. ¿Puedes ir tirando el agua al suelo?

—Entonces es poco probable que me dejen tener un perro —dije mientras tiraba el agua al suelo con delicadeza, sacándola de la cubeta con un bote más pequeño, como de medio litro, y vertiéndola en el suelo.

—Yo no diría eso —dijo Marieta, tallando el agua con jabón del suelo con la escoba y provocando que se produzca espuma—. Tal vez tu plan de hacer feliz a tu madre sí resulte.

—Eso espero, porque no me gustaría quedarme solo —Marieta me hizo la señal para que dejara de echar agua.

—Otra cosa que podrías hacer sería traer el perro sin pedirle permiso —cuando todo el piso estaba lleno de espuma me pidió que continuara echando agua—, tal vez a tu madre no le guste dejar desamparado a un perro en la calle, en especial si tú pagaste por él.

—¿Por qué lo dices? —continúe echando agua al suelo hasta que toda la espuma se fue por la rejilla del drenaje que está en medio del baño.

El Monstruo Mascota

—Si compras algo, no creo que tu madre te haga tíralo porque sería un desperdicio de dinero.

—Tienes mucha razón.

Con mucha felicidad en mi interior salí de la tina y traté de correr hacia mi habitación, pero resbalé con el agua y caí al suelo. Me levanté y caminé lentamente, logrando llegar sano y salvo a mi habitación. Al llegar encendí mi computadora portátil y busqué en internet alguna tienda de animales que quedara cerca de donde vivía, la más cercana era la del *Tío Ignacio*, era un extraño nombre para una tienda de animales, pero es la que lleva más tiempo en el pueblo.

Decidí que después de despedirme de Steve y de Katherine iría en bicicleta hasta la tienda de mascotas.

A las diez salí de casa para ir con Steve, mi padre me obligó a despedirme de mi hermano antes de salir a la calle. Cuando llegué a la casa de Steve lo vi subiendo unas cosas a la camioneta de su padre. Una gran maleta de color negro donde siempre llevaba sus cosas poco necesarias, como lámparas, brújulas, juguetes, cartas y algunos trucos de magia para asombrar a sus compañeros de cabaña, que siempre cambiaban.

—Alex, sí llegaste —dijo Steve, sorprendido.

—¿Acaso dudaste que viniera?

—La verdad es que sí. Con eso de que eres muy malo para las despedidas.

—Por lo menos yo no pienso que las despedidas son gay.

—Solo las de dos hombres —Steve y yo nos reímos de eso.

—¿Cuándo regresas?

—En un mes, ¿no lo recuerdas?

—Quería saber si tú lo recordabas —eludí mi ignorancia con esa respuesta. Steve no se dio cuenta de eso, sí creyó que lo hice a modo de prueba mental para él.

—¿A qué hora iras con Katherine?

—Hasta las once, ¿por qué? ¿Me estas corriendo? Para irme con ella desde ahorita.

—No, solo quería ver si tú te acordabas —nos reímos de nuevo.

—¿Tu, no iras con ella?

—No es necesario, estaré con ella durante todo el campamento.

—Es cierto, lo había olvidado.

—Te afecta esto de no ir a los campamentos, ¿verdad?

—Más de lo que crees.

—¿Me echas una mano con las maletas?

—Claro.

Todo lo que quedaba de mi hora con Steve, me la pasé ayudándole a empacar y a subir cosas a la camioneta. Este año él se podía llevar su balsa inflable, porque reinauguraran el lago. Desde el año pasado empezaron a limpiarlo porque tenía mucha basura en su interior y era peligroso entrar en él porque podría haber cristales rotos o alguna cosa que podrían infectar la piel. El agua no era segura. En el transcurso del año hicieron dos canales que conectaba con el lago: uno por el que entraba agua “limpia” y otra por la que salía el agua. Dicen que el nivel de agua bajó a causa de eso, pero que gracias a los canales el agua es lo suficientemente limpia y transparente para poder nadar en ella.

A las once la alarma de mi reloj sonó.

—Tengo que irme, Katherine me espera.

—Está bien. Siento mucho dejarte solo estas vacaciones.

—No te preocupes, me compraré un perro.

—¿Ya te dejan tener perros?

El Monstruo Mascota

—No lo sé. Lo compraré sin permiso. No creo que mi madre me haga tirarlo, sería una pérdida de dinero.

—Te deseo suerte.

—Yo un buen viaje y buenas vacaciones.

Le di un abrazo amisto a Steve como despedida y me fui a la casa de Katherine. Me sorprendí mucho al ver que el auto de su padre estaba empezando a avanzar, con algunas maletas en el techo, maletas que pertenecían a Katherine. Ella ya se iba, no se esperó a que yo llegara para despedirme. Me tuve que atravesar en el camino del carro que apenas se movía para que se detuviera. Saludé al Sr. Donovan con un movimiento de la cabeza y después corrí hacia la ventanilla del copiloto en la cual se encontraba Katherine.

—¿Qué pasa? ¿Por qué te vas tan pronto? —pregunté.

—Mi padre tiene una junta de trabajo en una hora y media y por eso me llevara más pronto.

—Te deseo un buen viaje.

—Yo lamento dejarte solo en las vacaciones.

—No te preocupes, me compraré un perro.

—Cómpralo cachorro, para que lo puedas educar.

—Lo haré —dije, soltando una risita—, gracias.

Eso fue lo último que le dije a Katherine, porque su padre aceleró y se fue.

—¡No olvidaré escribirte! —gritó después de unos segundos de haber avanzado.

La primera parte de mi primer día de vacaciones ya estaba lista, ahora solo queda esperar a que mi padre llevara a mi hermano al campamento para que yo pueda ir por el perro.

No fue sino que hasta las doce de la tarde cuando mi padre llamó a mi hermano para llevarlo a su primer campamento. Mi hermano me miró con una risa de burla porque yo no iría al campamento. Creí

que por haberme despedido de él antes de irme con mis amigos era porque se irían antes de que yo regresara.

Ya no importaba el tiempo que me hicieron esperar, lo importante era que ya no estaban. Ahora podría salir para conseguir a mi nueva mascota.

—Madre, iré a dar unas vueltas en la bicicleta—le dije al no ver el auto de mi padre.

—Está bien, solamente no te alejes. Leí en el periódico que una criatura de dos metros está destrozando cosas.

—¿Qué clase de criatura?

—No lo sé, solo dicen que corre en cuatro patas, es de dos metros y peludo.

Lo primero que me llegó a la mente fue un licántropo del libro que estaba leyendo, pero por más que viva en la fantasía, no soy tan ingenuo para creer que era un licántropo de verdad.

—No te preocupes madre, tendré cuidado.

Rápidamente corí hacía el garaje, saqué mi bicicleta de montaña, porque en el centro del pueblo hay muchas subidas y bajadas, necesitaré los cambios de velocidades. Para llegar al pueblo hay dos caminos: uno en el cual hay ranchitos y otro en el cual hay casas y civilización. No podía arriesgarme e irme por el camino de casas y civilización porque alguien le podría decir a mi madre que me alejé demasiado, así que me fui por los ranchitos.

Iba muy rápido, estaba muy ansioso por tener en mis manos a un cachorrito para poder jugar, pero cada vez que pensaba en lo maravilloso que sería tener el perrito, me imaginaba en lo furiosa que se podría poner mi madre al darle la noticia. Pero también pensaba en la cara que pondría al ver al perrito.

Pasé los ranchos rápidamente y entré al pueblo, iba por las calles más solas, para que menos gente me viera. Cuando llegué a la tienda de mascotas se encontraba cerrada. Al parecer el dueño se fue de

El Monstruo Mascota

vacaciones, por lo cual no habría muchas mascotas, pero un sobrino de él se encargaba de alimentar a los animalitos. «Tal vez debería de esperar a que llegara el sobrino y preguntarle si me vendía un perrito».

Bajé de la bicicleta y me asomé por los cristales, una persona estaba con los animales. Golpeé el cristal para que la persona me escuchara. Cuando lo hizo caminó hacia mí y me abrió la puerta de entrada.

—¿Qué ocurre?—preguntó.

—Me gustaría comprar un cachorro.

—Lo siento mucho, niño, pero tenemos dos problemas —dijo en un tono infantil, como si mi edad fuera menor—. El primero es que no me sé los precios de los animales. Y el segundo es que no tenemos ni perros ni gatos. Esos animales se venden muy bien antes de vacaciones. Al parecer a los niños no les gusta quedarse solos.

Esas palabras me rompieron el corazón.

—Gracias de todos modos.

Durante unas calles me fui caminando, empujando la bicicleta para que anduviera sin mí encima. Trataba de hacerme a la idea de que no tendría a nadie con quien jugar, con quien pasar mi tiempo, con quien desaburrirme. Estaría completamente solo en estas largas vacaciones.

A cada paso que daba me sentía un poco mejor, ya que veía el lado bueno de las cosas, a pesar de que eran muy pocos. La idea de estar solo no me pareció tan mala. Fue tanta mi confortación interior que monté de nuevo mi bicicleta y volví a tomar el camino de los ranchitos.

Después de unos minutos andando lentamente en bicicleta por lo ranchitos, escuché que unas vacas mugían y corrían como locas. Me detuve y miré cómo las vacas se estrellaban entre sí y se caían. Cuando estaba preparado para irme noté que una criatura

grandísima saltó por encima de las vacas y se acercó a mí. Era la criatura que me describió mi madre: era grande, corría en cuatro patas y era bastante peludo. Traté de arrancar la bicicleta y de tomar velocidad, pero cuando por fin logré avanzar, la criatura ya venía demasiado cerca. Golpeó la rueda trasera de mi bicicleta con tal fuerza que yo salí disparado hacia los alambres de púas que estaban al lado contrario de donde venía el monstruo. En mi ordalía de dolor, vi cómo la criatura cruzó al otro ranchito y siguió espantando vacas. Yo traté de incorporarme, tenía muchas heridas en el pecho. Me quité la camisa para que no me lastimara con el movimiento, empecé a contar las heridas... eran quince, pero solo cinco sangran mucho. Me limpié la sangre que me escurría por el pecho, pero esta siguió manando, solo que ahora lo hacía de forma más lenta.

Adolorido y sin poder moverme mucho, levanté mi bicicleta. La rueda de atrás está doblada y sin aire. Si me haya subido y traté de andar en ella, lo único que habría conseguido haya sido caermé y herirme más. Así que decidí caminar hasta mi casa.

Al caminar lo intenté hacer con la mayor naturalidad posible, para que las personas que pasen a mi lado no se preocupen al ver la rueda de mi bicicleta.

Al llegar a la casa, dejé la bicicleta en el garaje y entré por la puerta de atrás de la casa, la de la cocina. Justamente ahí estaba Marieta.

—Hola joven Alex, le he dicho a la Sra. Paterson que me ayudó a limpiar el baño y la cocina. Ella se mostró muy feliz.

—Muchas gracias. ¿Sabes dónde hay curitas?

—Claro que sí, ¿cuántos necesitas?

—Quince—dije con temor.

Marieta me miró con enigma.

—¿Está usted bien? ¿Quiere que llame a los paramédicos?

—No, no llames a nadie y no le digas nada a mi madre. Solo necesito una ducha y los curitas. Ya verás que después estaré como nuevo.

Marieta me dio los curitas y yo fui a mi habitación a ducharme. Me limpié lo mejor que pude las heridas para que no se fueran a infectar. Cuando me sequé me puse los curitas cuidadosamente en cada herida.

CAPÍTULO 3



La criatura destruyó mi casa

Todo adolorido por las heridas del alambre de púas me fui a mi habitación. Me recosté en la cama, pensaba en lo que estaría haciendo si el dueño de la tienda no se hubiera ido de vacaciones, lo que haría si tuviera un cachorrito en estos momentos conmigo.

—¡Joven Alex, su padre ha llegado de dejar a su hermano en el campamento!—gritó Marieta desde el piso de abajo.

—Ahora bajo, solo tengo que...—mencioné mientras me trataba de levantar de la cama, ya que las heridas no me dejaban hacerlo con comodidad—. Solo tengo que levantarme—dije con voz más baja.

Cuando ya estuve de pie, traté de caminar como siempre lo hacía: normal, sin señas de dolor, erguido. Di unas vueltas en mi habitación hasta que creí que no se notaba mucho mi sufrimiento. Al bajar las escaleras, vi que mis padres estaban a un lado de Marieta. Esta caminó en mi dirección, se puso detrás de mí, agarrándome los dos hombros.

—No les dijiste de mi accidente, ¿verdad?—le pregunté susurrando.

—Usted confié en mí, ni por error lo diría—respondió susurrando.

—¿De qué están hablando?—preguntó mi madre.

El Monstruo Mascota

—Nada, solo le pregunté que si te avisó que le ayudé a limpiar el baño y la cocina—mentí.

—Sí, fue muy lindo de tu parte—dijo mi madre mirando a mi padre.

—Alex, te tenemos una buena y una mala noticia—dijo mi padre emocionado.

—¿Si me mandarán al campamento?

—No —dijo mi padre de forma cortante, matándome la emoción. No me imaginaba qué otra buena noticia podría haber. Tal vez ellos me compraron el perrito—. Cuando dejé a tu hermano en el campamento me dieron un boleto para participar por un viaje a Cancún... ¡y lo gané!

—¿Vamos ir a Cancún? ¡No lo puedo creer!

—Esa es la buena noticia, ahora falta la mala—dijo mi madre matando mi emoción nuevamente. ¿Por qué no me daban unos minutos de felicidad?

—Si mi hermano se accidentó y está en el hospital o muerto, no es tan malo, Cancún lo compensa.

—¡No digas eso ni de broma! —me silenció mi padre—. La mala noticia es que el viaje es para dos personas y tú te quedarás en la casa con Marieta.

—Eso sí es una mala noticia—dije, apático.

No lo podía creer, ¿en serio mis padres se irían a divertirse en una de las playas más bonitas de todo el país sin llevarme? ¿Estarán conscientes de que me quedaría en casa aburrida y sin nada que hacer? A Marieta tampoco la llevaban, pero ella estaba obsesionada con su trabajo, prefería quedarse a limpiar la casa todos los días a divertirse un poco. Ya lo habíamos intentado antes. Pero yo no, yo no quería quedarme todas las vacaciones en mi casa, admito que el hecho de que mi hermano y mis padres no estén en casa me suena

divertido pero eso no compensa el hecho de que yo seguiré en el pueblo.

—Lo sentimos mucho, pero ya es tiempo de que tu padre y yo tengamos unas vacaciones—mencionó mi madre.

—¿Cuándo se van?—pregunté seriamente.

—Hoy mismo, a las cinco tenemos que tomar el vuelo.

Mi madre me abrazó y subió a su habitación a empacar. Mi padre me besó la frente y también subió.

—No te sientas mal, yo estaré contigo—dijo Marieta para alegrarme.

—Eso es lo que me preocupa—dije de broma, riéndome un poco.

Marieta fingió enojarse y se fue a limpiar.

Eran las dos de la tarde, mis padres se irían dentro de tres horas, y después no tendré nada que hacer. La casa estaría sola, de cierto modo podré hacer lo que me dé la gana, pero aun así estaré solo.

A las cuatro treinta mis padres se fueron. Yo estaba recostado en mi cama mirando el techo, no tenía puesta la camisa porque me causaban dolor las heridas, más cuando se movía la camisa sobre estas. Tenía la televisión, la computadora, libros, y una pequeña sala de juegos en la casa, pero no me apetecía utilizar nada de eso. Lo que yo quería era salir a la calle y jugar con algo que se mueva y que tenga vida.

El estómago me gruñía, no había comido nada en todo el día, me senté en la cama, me puse la camiseta y bajé a prepararme algo para comer.

—Hola joven Alex, ¿qué hace por aquí?—preguntó Marieta. Ella comía tostadas de carne con salsa.

El Monstruo Mascota

—Hola, ¿qué hay para comer aparte de lo que tú estás comiendo?—lo que ella comía a veces se me hacía asquerosa en la forma en que lo preparaba.

—No hay nada preparado, pero si quieres te preparo unos huevos o unas patatas fritas.

—No te molestes, yo lo haré. No tengo nada más interesante que hacer.

—Tus padres me despedirán si te pasa algo malo por cocinar tú mismo.

—No hay problema, estarás supervisando.

Marieta continuó comiendo, yo saqué del frigorífico cuatro huevos y dos patatas. Primeo partí las patatas en estilo *a la francesa*, y después batí los huevos. Me acerqué a la estufa y traté de abrir el gas, pero no podía girar la perilla.

—¿Qué es lo que le pasa a esta estufa?—pregunté furioso.

—¿Algún problema?—preguntó Marieta.

—No puedo encender la estufa.

Marieta se levantó de la mesa y caminó hacia la estufa, movió fácilmente la perilla y la estufa se encendió.

—Tienes que presionar la perilla y después girarla —me aconsejó.

Marieta sacó una sartén de la alacena y la puso en el fuego, después le aplicó un poco de aceite vegetal.

—¿Para qué es eso?—pregunté.

—Para que el huevo no se pegue a la sartén

Esperé unos minutos y después vacié los huevos batidos dentro de la sartén. De inmediato empezaron a cocerse, pasando del estado líquido de la clara y la yema a uno más espeso.

—Cuida que no se quemen. Cuando creas que esta cosido de abajo, lo giras.

Yo asentí con la cabeza. Marieta me dio un volteador y se fue a terminar sus tostadas de carne.

Después de dos o tres minutos creí que el huevo ya estaba cocido de abajo, así que lo giré con el volteador. Al girarlo el huevo se partió a la mitad, tuve que girar las dos mitades por separado.

Cuando el huevo ya estaba listo para comerse lo puse en un plato.

—¿Cómo se hacen las patatas?—le pregunté a Marieta, ella me observaba al cocinar.

—Tienes que cubrir todo el fondo de la sartén con aceite, esperar a que se caliente y después echas las patatas al interior del aceite.

Hice lo que ella me dijo: puse aceite, eché las patatas y esperé a que se calentara.

—¡Primero tenías que esperar a que se calentara el aceite!—gritó desde la mesa.

—No importa, de todos modos se cocinaran las patatas.

Las patatas se doraron tal como lo dije. Las saqué del fuego y las puse junto con el huevo, después me senté en la mesa y me puse a comer.

Después de comer, me fui al patio. El patio era una pequeña sección de cuarenta metros cuadrados rodeada por cuatro paredes. Me recosté en el pasto hasta que anocheció, me gustaba ver las estrellas.

—Joven Alex, ya son las diez de la noche, tiene que dormir—dijo Marieta desde la habitación de lavado.

—Me gustaría quedarme aquí fuera un momento más.

—Está bien, pero no se quedé hasta tarde, porque podría pescar un resfriado.

Marieta se fue a dormir, yo continúe mirando las estrellas. Pasaron las horas, no pensaba en nada, solo en las estrellas, en el universo y en mí.

Aproximadamente a las doce de la noche, se empezaron a escuchar unos ruidos de gritos de animales: ladridos de perros, maullidos de gatos y de vez en cuando gritos de personas. Los gritos

El Monstruo Mascota

eran de una sola persona, porque eran completamente iguales, solamente que cada vez se acercaban más y más. Creí que era un asesino, así que me levanté del suelo y entré a la habitación de lavado. La puerta de la habitación de lavado que daba hacia el patio era de cristal. Decidí quedarme en la seguridad de la casa, mirando y esperando lo que pudiera suceder.

Los gritos cada vez se acercan más. Se escuchaban pasos, golpes y gritos en el techo de mi casa. Traté de mirar al techo y logré ver como algo grande caía al patio. Es algo peludo y seguía vivo.

La criatura dio un rápido salto y se puso de pie. Era la criatura que me describió mi madre, es la que me tumbó de la bicicleta. Esa bestia miraba hacia el techo, después buscó algo en el patio, tomando la lavadora y arrojándola hacia arriba furiosamente. Giró su cabeza y me miró, tenía unos grandes ojos negros. Se acercó a mí y trató de abrir la puerta, pero no pudo, a pesar de que tuviera los pulgares opuestos. Me señaló la cerradura de la puerta, era como si me pidiera que la abriera. Miró nuevamente hacia arriba, como si estuviera esperando algo.

Se me hizo tan extraño que una monstruo pidiera que le abrieran la puerta, así que lo hice, le abrí la puerta y la criatura entró a la casa. Cuando ya estuvo dentro cerré de nuevo la puerta y miré cómo la criatura corría torpemente hacia la puerta de salida a la calle.

Un fuerte sonido se escuchó en el patio. Me giré para ver lo que fue. Me encontré con un hombre corpulento y moreno con una ballesta en la mano. Me apuntó pero me quité corriendo y me arrojé al suelo. El hombre disparó su ballesta y rompió el cristal de la puerta. Entró, recogió la flecha que estaba encajada en la pared. Después salió en busca de la criatura.

Me levanté del suelo y me sacudí los cristales, persiguiendo al hombre de la ballesta. Él caminaba sigilosamente, apuntando con la ballesta a todas direcciones.

—¿Qué pasa aquí?—preguntó Marieta bajando las escaleras en pijama.

En cuanto dijo eso se encontró frente a frente con el hombre, este sacó un spray y se lo roció en la cara. Marieta cayó inconsciente al suelo y yo corrí para ayudarla.

El hombre se detuvo en la puerta de salida y notó que no había sido abierta. Antes de que se pudiera girar la criatura saltó hacia el hombre y lo golpeó, haciendo que atravesara la puerta.

—¡No puede ser! —maldije. Me preocupaba más lo que iban a decir mis padres cuando llegaran que lo que le pudiera pasar al hombre.

Segundos después de que atravesaran la puerta, la criatura atravesó la pared, a un lado del hoyo de la puerta. La criatura cayó sobre dos de los sofás importados de Inglaterra, los dejó hechos añicos.

Se levantó de un salto y al saltar tumbó el ventilador del techo, este cayó sobre el librero y lo tumbó. La criatura de volvió a lanzar hacia la calle. Yo me acerqué a la gran abertura de la puerta y vi cómo la criatura golpeaba sádicamente al hombre que estaba tirado en el suelo, indefenso.

Cuando el hombre ya no se movía, un rayo de luz azul cielo salió del pecho de la criatura, iluminando por completo al hombre. Este desapareció lentamente, como si se convirtiera en humo y se lo llevara el viento.

La criatura me miró. Bajo la luz de la luna pude ver su escultural figura, el cuerpo lo tenía completamente igual al de un licántropo: los brazos fuertes, las piernas regordetas, los pectorales muy marcados, y una larga cola peluda. Lo único que era diferente de la criatura a un licántropo, era la cabeza, esta era una rara combinación de un caballo, una vaca y un borrego. Tenía unos ojos grandes y negros a cada lado de la cabeza, dos cuernitos sobre la cabeza y dos orejas

El Monstruo Mascota

caídas como las de un borrego. La cabeza tenía la forma de la de la vaca, pero tenía los orificios nasales de un caballo.

Después de que la criatura me mirara, dio un gran salto hacia el techo de otra casa y desapareció en la noche iluminada por la luna. Dejándome en la mente solo un recuerdo del aterrador momento en que un monstruo salvaje golpeaba a un hombre y lo hacía desaparecer.

Me di la vuelta y miré todos los daños que habían hecho las dos criaturas. El humano no podía ser en realidad un humano, porque desapareció cuando murió.

Marieta se estaba despertando.

—¿Qué ha pasado?—dijo con la mano en la cabeza, agarrándosela porque sentía que le daba muchas vueltas.

—¡Una criatura destruyó la casa!—respondí.

—Por favor, joven Alex, no diga...—se detuvo al ver el desastre de la sala—estupideces. Me debes una buena explicación de lo que pasó aquí.

—Te digo que fue una criatura, era como un licántropo...

—Los licántropos no existen, no inventes historias, porque conmigo no funcionan.

—Te digo la verdad—dije mientras ayudaba a Marieta a levantarse.

—Me temo que tengo que llamar a tus padres.

—No les digas nada. Mi padre me dejó su tarjeta de crédito, podremos reconstruir lo que se ha roto.

—¿Qué pasará cuando le llegue la cuenta a tu padre?

—Ya después pensaré que hacer. Pero ahora hazme este favor.

Marieta lo dudó. Tardó unos segundos en pensarlo.

—Te he guardado muchos secretos, pero esto es demasiado peligroso para guardarlo.

—Todo saldrá bien, ya lo veras.

—Está bien, pero cuando tus padres lo descubran, yo no te defenderé.

—¡Gracias, gracias, gracias, gracias! Eres la mejor—grité emocionado.

La razón por la cual no quería que le dijera a mis padres, es porque ellos tampoco me crean que fue una criatura, ellos creerán que estoy loco y me podrán mandar a un loquero o algo así. En cambio, si se quedaba en secreto, tenía la oportunidad de que alguien mate a la criatura y demostrar que no estaba loco, si es que mis padres lo descubren.

—Ayúdame a subir a mi habitación—pidió Marieta—, mañana por la mañana me contarás lo que sucedió en realidad con la casa.

—Ya te dije que la criatura y el cazador lo hicieron.

—No me habías mencionado a ningún cazador.

—Debí de haberlo olvidado.

—¿Ves cómo estas inventando todo?

—¡No estoy inventando nada! —me quejé.

—Ayúdame a subir a mi habitación, y ya no te estés quejando.

—¡Pero tienes que creerme!—gemí.

—No digas nada—me silenció.

Después de dejar a Marieta recostada en su habitación, yo me fui a la mía, y me puse a leer un poco antes de dormir.